

Calaf Art Público y la negociación del actual espacio público.

Por Jorge Luis Marzo

El valor de un símbolo reside en que se trata de un signo cuyo significante (forma) y significado son prácticamente inamovibles. Por el contrario, y siempre en términos generales, una alegoría consiste en la posibilidad de transferir significados distintos a una misma forma, en función de contextos diferentes y mediante la influencia de relaciones móviles. Es en esta dicotomía en la que se ha producido buena parte del debate sobre la idea de monumento en nuestros días.

Por un lado, los defensores del monumento como forma simbólica firme han argumentado la necesidad que las formas públicas de representación de la memoria colectiva sean un modelo de espejo, en el que la interpretación sea común a todos los miembros de la comunidad. Por el otro lado, aquellos que apuestan por formas más alegóricas a la hora de expresar memorias colectivas, consideran que los monumentos deben convertirse en espejos que reflejen de manera personalizada los sentimientos de cada uno frente al motivo expuesto en la obra pública. Este debate sigue del todo presente. La obra pública, según esta versión alegórica, es un cúmulo de interpretaciones en constante movimiento y actualidad, cuya suma genera el trasfondo colectivo que todo monumento pide para sí mismo.

Estas dos visiones del debate sobre el monumento, entendiendo éste como una de las principales formas visuales en el espacio social urbano, siempre está de una forma u otra presente en el desarrollo de jornadas y talleres sobre creación y entorno público, siendo la última convocatoria de Calaf Art Público uno de los últimos ejemplos más evidentes. Los problemas que siempre surgen en el trasfondo de este tipo de debate sobre el interés y el efecto de estas actuaciones en los lugares en las que se insertan, derivan en la defensa de una producción simbólica (entendible por todo el mundo gracias al valor consensuado de los símbolos) o en la defensa de una producción alegórica (situada más allá de la simple disciplina formal del arte y que requiere

planteamientos más complejos de interacción y percepción con el público potencial). En pocas palabras, unos defienden la idea de una obra para que todo el mundo la entienda, y otros están por una tarea de descomposición del monumento a fin de generar un número mayor de interpretaciones y relaciones, aún a pesar de que no tenga fácil respuesta "popular".

Si la alegoría puede definirse como un pasaporte hacia el complejo estudio y desenmascaramiento de "la política de las formas" y de "las formas de la política", sin duda puede servir de referente potencialmente rico a la hora de reflexionar sobre el espacio público y su características políticas. No obstante, este tipo de prácticas y posicionamientos tienden a ser criticados a menudo por la influencia, que sin duda no es poca, de la sociología. Se aduce que la sociología –que, estoy de acuerdo, en muchos casos no deja ser sociología de ir por casa– no sirve tanto como método que suma dinámicas y contextos distintos sino que se utiliza a manera de marketing para averiguar mejor el talante del potencial público y de paso para confundir al usuario urbano respecto a la función del espacio comunitario que es la calle. No les falta razón a algunos de esos críticos respecto a la confusión que en muchas obras y proyectos se da entre la sociología entendida como una suma de relaciones diversas y la simple recopilación de datos para arraigar de una manera u otra propuestas que han nacido desvinculadas en su origen del lugar en donde se van a colocar. Sin embargo, aceptar críticamente este hecho no debe evitar que podamos seguir viendo buena parte del bosque. Al fin y al cabo, cierta idea de confusión debería ser una meta a tener presente porque ayuda a definir las contradicciones propias del espacio público actual. Y creo que eso se puede observar en el resultado mismo de la última convocatoria de Calaf Art Público.

Un buen número de instituciones que ha alentado o alientan el debate y la producción creativa en espacios públicos en España se encuentra a menudo ante el hecho de tener que lidiar entre una creación contemporánea cada vez más pendiente de la compleja y voluble trama de relaciones espaciales y sociales y una demanda por parte de sectores de la población de que los proyectos públicos signifiquen algo de una manera clara y evidente, que sean

símbolos, de manera que puedan ser identificados de manera colectiva, en un momento en que las fronteras entre la representación y la realidad se desdibujan constantemente dada la masiva influencia de los medios electrónicos. A riesgo de parecer demasiado generalista, me atrevería a decir que en un buen número de esas demandas se esconde pereza y sobre todo el resultado de una percepción de la práctica artística procedente de las instituciones y que confunde la simplicidad formal del discurso con la falta de complejidad de las ideas que hay dentro.

Creo, como decía, que este debate se ha plasmado de una manera bastante definida en la última edición de Calaf Art Públic. Los tres proyectos llevados a cabo, aparte de algunos de los que se plantearon durante los talleres, responden de una manera u otra a esta situación crítica. Los tres proponen líneas muy diferentes de actuación. Francesc Vidal con sus billetes ofrece una profunda reflexión sobre el "valor" del arte desde una perspectiva directa de interacción con los habitantes de Calaf. Jordi Martorell parte del interior de la disciplina artística y propone una cabina telefónica colocada en una de las plazas de Calaf, que recoge documentación sonora de los participantes de la última edición, una puerta para que el público de Calaf se asome al interior de los talleres y debates que se desarrollaron durante quince días. Por último, la obra de los artistas austríacos formula un ejercicio de memoria colectiva en el pueblo con imágenes de guerra y posguerra (quizás un recurso un tanto manido, cierto), apelando al fondo amnésico o anestésico de la idea de identidad, y con el telón de fondo de ver cómo en la propia Austria, país olvidadizo por antonomasia, la ultraderecha está en estos momentos gobernando.

De entrada, ¿quedará alguno de estos "monumentos" de aquí a un año? No. En todo caso, los billetes de Vidal, como ejercicio alegórico inteligente, habrán recorrido un determinado camino de ida o de vuelta –eso no lo sabemos aún– y siempre serán de alguna manera tangibles, en forma de inversión si han conseguido ganar un buscado valor añadido o en forma de objeto muerto, y de alguna manera también documental, y por qué no, monumental. Es probable

que esa situación de temporalidad en la que estos proyectos se enmarcan choque con la visión de decenas de intervenciones permanentes en el espacio público de Calaf, recuerdos de otras convocatorias. Y puede no sólo provocar reacciones en su percepción sino incluso fricciones organizativas. Sin embargo, no se me ocurre otro modelo mejor y más inteligente si queremos de verdad reflexionar sobre las contradicciones entre el espacio público y las formas de representación colectiva más adecuadas en esta época de cambios sensoriales. A veces, se eximen argumentos que tachan este tipo de intervenciones como poco adecuadas a contextos urbanos de relativo tamaño, como es el caso de Calaf. Se apunta que se trata de proyectos demasiado vinculados a grandes estructuras urbanas que a menudo no tienen que ver con la mayor proximidad del ciudadano respecto a su entorno en los pueblos. Esa tesis esconde en realidad una cierta superficialidad, puesto que si analizamos en profundidad los cambios sociales ocurridos durante las últimas décadas en términos de relaciones urbanísticas y de servicios estructurales veremos que han sido los pueblos los que más han tenido que enfrentarse a transformaciones no siempre fáciles. El ritmo propio de las grandes ciudades a menudo ha ejercido una influencia negativa en las dinámicas periféricas, que se encuentran en la paradójica situación de tenerse que adecuar a ese ritmo cuando las necesidades y realidades propias pueden ser muy bien otras. Y por esta misma situación, que creo que lo ocurrido en Calaf Art público 99 es inteligente y pragmático, porque subraya una visión circunstancial de la práctica creativa en un contexto ya muy definido como es el mismo Calaf, sin necesidad de ofrecer interpretaciones cerradas que al cabo del tiempo se hayan vuelto caducas. Por otro lado, esa misma circunstancialidad permite que los proyectos puedan ser analizados fuera del contexto mismo del pueblo, al poderse presentar en otros ámbitos (exposiciones, debates, publicaciones) y convertir a Calaf no sólo en lugar donde se experimenta físicamente durante un cierto tiempo al año, sino también en un punto de referencia obligado para artistas e interesados en el tema del espacio público.

Porque quizás en la idea de experimento es de dónde debe partir todo el debate. Una convocatoria como la de Calaf Art Público –me refiero tanto a los coordinadores del proyecto como a las instituciones que lo financian y producen– debe ser capaz de apostar por intervenciones que propongan preguntas a los temas de espacio público, representación y creación a los que nos enfrentamos hoy en día; esto es, que den pie a experimentos cuyas respuestas no estén del todo definidas, como a menudo ocurre con determinadas obras permanentes o "monumentos". No se pueden recrear respuestas si no sabemos con exactitud de qué tipo de condicionantes surgen. Sin embargo, una reflexión sobre cuáles son las circunstancias que modelan nuestra capacidad de responder puede ofrecer una interesante plataforma de diálogo y un buen modelo comparativo respecto a respuestas que creemos o hemos creído buenas a priori.

Plantear, por el contrario, un tipo de práctica basada en la experiencia, por intensa y legítima que sea, corre el riesgo de no adecuarse a todo el entramado de paradojas y contradicciones que resultan de la relación entre el espacio público actual y los nuevos modelos de privacidad e individualismo que nos informan. Esto no supone en absoluto negar la capacidad incisiva de toda experiencia personal, pero los ejemplos que nos han quedado de esos modelos nos indican que pocas veces aguantan el paso del tiempo, ya que esa experiencia se ha forjado a través de una clara desvinculación de los contextos en los que están.

Calaf Art Público debe continuar como territorio crítico y audaz de debate sobre las circunstancias que rodean la representación en el espacio público actual, tan sujeto a paradojas y contradicciones que se hace difícil pensar que la colocación de simples monumentos pueda responder a todo ese entramado de dinámicas.